



Aula d'Història de Lo Rat Penat
Conferencia del profesor D. Fernando Millán Sánchez

Tema XXXVI.

Luis Lucia.

El pensamiento católico en la II República.

Luis Lucia Lucia, el hombre que convirtió el proyecto de la Democracia Cristiana valenciana, el pensamiento católico avalado por Roma, en un instrumento real de poder político, nació el año 1888 en el pueblo castellonense llamado Les Coves de Vinromà, donde su familia tenía casa solariega.

Su infancia transcurrió en la ciudad de Nules, Castellón, donde su padre ejercía como notario y era hombre de prestigio. Años en los que Luis Lucia, además de una formación profundamente católica, recibió también las enseñanzas del credo tradicionalista, puesto que tanto su familia cuanto el ambiente que le rodeaba eran, y habían sido durante años, fieles carlistas.

Una familia, la de Luis Lucia, con el suficiente poder económico para plantearse la necesidad de enviar a su hijo, para la realización de sus estudios de bachillerato, a un centro educativo que fuese una continuación de la formación moral, católica, que el joven Lucia había recibido. Elección que recayó finalmente en el Colegio de los Jesuitas de Valencia, en cuyo internado viviría los tiempos de estudio necesarios para preparar su ingreso en la Universidad.

Una Universidad en la que los estudios jurídicos tuviesen el suficiente prestigio como para poder predecir que, si su dedicación y su capacidad le acompañaban, el joven Lucia seguiría los pasos trazados por su progenitor.

Y fueron estos años de aprendizaje los que forjaron su conciencia política. Una conciencia política que tuvo su primer desarrollo en el seno de las juventudes católicas, y en el que aprendió, en el discurrir de su adolescencia, los principios básicos de un catolicismo que era atacado, desde hacía años, tanto por el liberalismo cuanto por el republicanismo, el socialismo y el anarquismo.

Una militancia en las juventudes católicas que será sustituida, a partir del año 1906, por la disciplina propia del partido carlista, en el que, más allá de su juventud, apenas tenía dieciocho años, empezó a destacar como futuro dirigente de la organización.

Una organización carlista que, en el momento, primera década del siglo XX, vivía tiempos de confusión. Confusión producida por el enfrentamiento entre quienes propiciaban una política de pactos con todas las fuerzas de la derecha



valenciana, y quienes, por el contrario, querían un carlismo de combate, líder de la batalla contra el republicanismo que invadía las calles valencianas, y que, ya en los finales del siglo XIX, 1898, se convertía en fuerza hegemónica en las contiendas electorales.

Era una batalla interna en la que los dirigentes tradicionales, los defensores de un carlismo sometido a la estrategia global del partido a nivel de España, el pacto electoral, se aglutinaban en torno a Polo y Peyrolón, que era su líder más reconocido, mientras que los jóvenes, los más radicales, los que planteaban un carlismo valenciano totalmente autónomo en su estrategia, se nucleaban en torno a Manuel Simó, miembro de una poderosa familia industrial de Onteniente, dispuesto a convertir al nuevo carlismo autónomo en la primera fuerza de los moderados valencianos.

Luis Lucia se situó junto a Manuel Simó e inició su andadura plenamente carlista siendo colaborador de la revista *El Guerrillero*, que era la voz de quienes luchaban por la supremacía carlista frente a la posición defendida por *La Voz de Valencia*, que era el órgano de difusión de la Liga Católica. Liga que agrupaba a todos los católicos valencianos que seguían los dictados del arzobispo de la diócesis valentina, monseñor Guisasola, que, alejado de los radicalismos doctrinarios, orientaba la acción de un catolicismo político mucho más moderado.

Confrontación violenta entre el partido carlista y la Liga católica, que bajó de tono cuando el arzobispo metropolitano de Valencia abandonó la sede al ser nombrado arzobispo primado de Toledo. El indiscutido líder de la Iglesia española.

Años en los que Luis Lucia compaginaría su incipiente acción política con los estudios de Derecho apuntados, que culminaría felizmente licenciándose en los mismos en el año 1911.

1911-1919

El año 1911 fue, para los carlistas valencianos, el año de su conversión definitiva en un partido político de combate, dispuesto a alcanzar la supremacía sobre los partidos moderados tradicionales y sobre todos los grupos católicos.

Para lograrlo, Manuel Simó consiguió que la cabecera del periódico *Diario de Valencia*, que había sido el más antiguo de los diarios valencianos en su fundación, pasase a sus manos. Sería el nuevo portavoz de un tradicionalismo que había dejado atrás a los modos de los viejos dirigentes y que se sustentaba sobre una juventud carlista dispuesta a enfrentarse en las calles de la capital del reino con la poderosa juventud republicana.

Un deseo de confrontación pública que tuvo como primer escenario la masiva pegada de carteles con los que los jóvenes carlistas anunciaban la pronta



aparición de su Diario, y en el arrancar de los mismos por parte de la Juventud Republicana.

Manuel Simó, Martín Mengod, que sería el primer director del *Diario de Valencia*, Luis Lucia, por los carlistas, Fernando Valera, Julio Just, Marco Miranda, por los republicanos, lideraban una batalla en las calles en la que ninguna de las partes estaba dispuesta a ceder por el momento.

En el año 1912 vemos a Luis Lucia como director provisional de *Diario de Valencia*. Martín Mengod, por razones de trabajo, había tenido que dejar la ciudad de Valencia y Luis Lucia, por designación de Manuel Simó, le sucedió en el cargo.

Un cargo de director que le obligaba a plantear un diario de combate político e ideológico, aceptado por el público, y que no desmayase ante la batalla que le planteaban tanto *La Voz de Valencia*, la prensa del arzobispado, cuanto *Las Provincias*, el más importante de los rotativos de la región de Valencia, que marcaba el paso de los moderados valencianos.

Una batalla a la que se sumaba en la confrontación directa *El Pueblo*, que en el momento dirigía Félix Azzati como sucesor de Vicente Blasco Ibáñez.

Luis Lucia, para subsistir en una guerra contra fuerzas en principio superiores a la suya, orientó el periódico carlista en dos direcciones que mantendría a lo largo de su vida: la batalla directa contra los adversarios y en especial contra los católicos que le separaban de sus votantes más directos, y la preocupación por los asuntos plenamente valencianos, los problemas del campo esencialmente, que le aproximaban a las tesis que, desde hacía años, había sostenido Teodoro Llorente.

Pero fue esta una etapa provisional que se saldó de forma inesperada con la vuelta a Valencia de Martín Mengod, a quien Manuel Simó volvió a encargar la dirección del *Diario de Valencia*.

Corría el año 1914. Lucia, poco dispuesto a mantenerse como subordinado en *Diario de Valencia*, decidió retirarse de la primera línea de la acción política. Era tiempo de ordenar su vida profesional. Decidió, en consecuencia, abrir su propio bufete y dedicarse a la tarea de abogado que le permitiría alcanzar una cierta independencia de la familia.

Unos años en los que no abandonó el carlismo, sino que siguió colaborando con artículos que periódicamente enviaba al órgano del partido. Fama especial adquirieron los que estuvieron dedicados a defender la libre exportación valenciana para sus productos del campo, así como los escritos para orientar sobre el papel que, era el año 1917, Valencia debía jugar en el discurrir de la Guerra Mundial.

1918. Al margen de la Primera Guerra mundial, en España se ha propagado una terrible epidemia de gripe que poco después se extenderá a todo el



mundo y será conocida como la "gripe española". Epidemia de extrema gravedad que se cobrará un número indeterminado de muertes ante la inexistencia de fármacos o vacunas que puedan detenerla.

Entre los fallecidos por la epidemia en Valencia se encuentra Martín Mengod, el director de *Diario de Valencia*. Un hecho que tiene como consecuencia la llamada de Manuel Simó a Luis Lucia. Es preciso que el antiguo director provisional se encargue de nuevo, y esta vez de manera definitiva, de la dirección del primero de los órganos de propaganda del carlismo valenciano.

Luis Lucia acepta el nuevo desafío que se le plantea. Solo pone una condición además de la ya conocida titularidad permanente en la dirección. Es la que hace referencia a su total autonomía para dirigirlo. En el tiempo alejado del periódico se ha reafirmado en sus creencias anteriores. A los lectores más que las batallas políticas casi personales, les interesan las noticias y las opiniones sobre los problemas que acucian cada día. Los problemas laborales y económicos que son los que un político debe resolver. Y, siguiendo los pasos de *Las Provincias*, los temas de carácter regional que son lo que más directamente les atañen. Sobre estas bases reseñadas el *Diario de Valencia* se puede consolidar.

1919-1929

El año 1919 es, en la vida de Luis Lucia, el año de la crisis del carlismo.

En efecto, terminada la Primera Guerra Mundial, 1914-1918, vencedores los países que han defendido la Democracia, el pretendiente carlista, Jaime III, envía una carta abierta a los periódicos europeos en la que manifiesta el apoyo de la causa carlista al liberalismo nacido de la contienda bélica, a la democracia como norma de conducta política y al respeto a los derechos de todos los ciudadanos.

Una carta abierta que será muy mal recibida por parte de todos los sectores carlistas españoles, muy comprometidos con el tradicionalismo católico y con el carlismo histórico, que no pueden aceptar al liberalismo, a los partidos políticos que lo defienden, como parte de su pensamiento y de su hacer.

Muy en especial Vázquez de Mella, el primero de sus teóricos, que recuerda al pretendiente las raíces mismas del tradicionalismo. Unas raíces que se asientan, desde su origen, justamente en la negación del liberalismo, de los partidos políticos, del laicismo, que son los valores que el pretendiente quiere ahora defender.

Una confrontación ideológica que determina una seria fractura en el carlismo español. La mayoría de él sigue el camino marcado por Vázquez de Mella, ideología que formará parte de posteriores gobiernos totalitarios españoles, mientras que una minoría, conocida por los jaimistas, seguirá fiel al pretendiente y dispuesta a modernizar el nuevo carlismo.



Por lo que a Valencia hace referencia, Manuel Simó y Luis Lucia intentan no romper la formación que ha conocido un gran crecimiento, y mantener una equidistancia entre ambas ramas de la comunión tradicionalista. Ante la imposibilidad de mantener esta posición, las presiones de uno y otro lado son muy fuertes, deciden plantear la autonomía propia del carlismo valenciano, que no dependerá de ninguna de las dos posiciones expuestas.

Era el primer paso para crear una organización independiente. Organización dispuesta a liderar todo el movimiento católico valenciano. Una actitud que se correspondía con los acontecimientos que se producían en el mundo católico.

El resultado de la Primera Guerra Mundial, el triunfo del liberalismo y de la sociedad laica que le correspondía, acompañados por la aparición de los partidos socialistas y de la Revolución Rusa, que amenazaba con terminar con la propia socialdemocracia, multiplicado el temor de la burguesía moderada por las acciones del terrorismo anarquista que pretendían dominar las calles, habían determinado el triunfo, en el interior del catolicismo, de quienes pregonaban la necesidad de que los católicos tuviesen su propio partido político y disputaran en las urnas a los liberales el poder.

En Italia Dom Sturzzo lanzaba la democracia cristiana avalada por Roma, que competiría con ventaja con el socialismo democrático. En España, los cerebros más destacados del catolicismo militante que formaban parte de la Acción Católica, decidieron crear la Asociación Nacional de Propagandistas Católicos. Asociación avalada por las jerarquías de la Iglesia, que muy pronto tuvo en Valencia una sección dispuesta a seguir los pasos marcados por la dirección nacional.

En el año 1920 se inicia un periodo de confluencia entre los católicos valencianos y los carlistas de Simó y Lucia. Proceso que terminará con la fusión de ambas organizaciones y con la creación de la ARAC, la Asociación Regional de Acción Católica, cuya andadura va a concluir con la creación del Partido Social Popular. Partido demócrata cristiano que en las elecciones de 1923, las últimas antes de la Dictadura de Primo de Rivera, conseguirá un gran éxito llevando a las Cortes a uno de sus miembros más destacados, García Guijarro.

Organización política que desaparecerá en el mes de septiembre del año 1923.

La dictadura de Primo de Rivera, avalada por Alfonso XIII, cambiaba todo el entramado político existente. Desaparecidos los partidos políticos, el nuevo orden pedirá a los católicos valencianos que se integren en él. Una petición que será rechazada por Luis Lucia, que preferirá mantener su independencia como director del *Diario de Valencia*, aunque apoye en principio al nuevo régimen, en su opinión necesario para



combatir el laicismo de los liberales y la revolución que preparan las masas obreras y campesinas afiliadas a los nuevos sindicatos.

En el transcurrir de los años de la dictadura, 1923-1929, años en los que mantendrá la dirección y la independencia del *Diario de Valencia*, Luis Lucia consolidará su liderazgo político en el ámbito de la derecha moderada y católica, al tiempo que maduraba su pensamiento, su ideología, y su proyecto de creación de un partido político capaz de competir con liberales, republicanos y socialistas, tanto en los procesos electorales cuanto en el desempeño del poder.

Para alcanzar el primero de los objetivos propuestos, el liderazgo social, el director del *Diario de Valencia* lanzará una campaña en favor de los naranjeros valencianos, de sus derechos a una libre exportación con garantías de ser competitiva en todos los mercados de la Europa Occidental.

Se oponía, desde esta perspectiva, a los intentos de la burguesía catalana de forzar una política global del estado férreamente proteccionista, aumentando los aranceles a los productos extranjeros para favorecer la venta interior de los suyos propios, que puso a su lado a todos los agricultores valencianos. La tierra que más aportaba con sus exportaciones al erario público no se arrodillaría ante el poder catalán.

Una posición de defensa de los intereses económicos valencianos que le acercaba, sorprendentemente, a los que en el momento defendía el Partido Republicano Autonomista que lideraba Félix Azzati.

Un liderato social, el de Luis Lucia, que debía consolidarse con un liderato ideológico que fuese capaz de ilusionar a todas las fuerzas moderadas, burguesía y proletariado, y que gozase de la aquiescencia de la propia Iglesia Católica. Un ideario que el hombre que dirigía al rotativo más antiguo de la ciudad plasmaría en su obra titulada *En estas horas de Transición*.

Dos ejes sustentaban el entramado ideológico creado por Luis Lucia: el cristianismo en toda su extensión social y la preocupación por la identidad valenciana.

Por lo que hace referencia al cristianismo como doctrina, se partía del hecho de que nunca había existido un proyecto más revolucionario que el explicado por Jesús de Nazaret, que exponía el propio proyecto de Dios para la Humanidad. Un proyecto que la Iglesia de Roma había ido explicando y completando en el pasar de los tiempos con las obras de los padres de la Iglesia.

Porque ese proyecto hablaba, en primer término, de la igualdad de todos los hombres y mujeres ante Dios, de la preferencia por los más humildes para su regeneración, por la libertad de cada ser humano y el repudio de la esclavitud, por el reconocimiento del papel de la mujer en la sociedad, por la aceptación de cualquier modelo de estado siempre que este fuese justo, por el amor a tu semejante, que era el principio de la solidaridad que predicaban los socialistas.



Era una llamada a la verdad del Evangelio que todos los católicos, que todos los cristianos, debían hacer suya. Una verdad que, en el contexto de la posición de la Iglesia romana ante los problemas sociales del mundo contemporáneo, la encíclica *De Rerum Novarum*, León XIII había fijado definitivamente.

Y junto al cristianismo evangélico como base de sustentación ideológica común a todos los cristianos del mundo, su personal preocupación por la identidad valenciana y por el papel que la misma debía jugar en España y en el mundo.

Ninguna región española había aportado tanto a España como, a lo largo de la Historia, había hecho Valencia. Ella había sido el motor económico que sustentaba los gastos de sus reyes, de sus políticos, de modo permanente. Y el pago que recibía era siempre el de ser ignorada por los gobiernos de cualquier signo, que solo parecían preocuparse del triángulo que formaban Madrid, Cataluña y el País Vasco.

Era tiempo de terminar con este desequilibrio evidente y apostar por la grandeza del reino de Valencia.

Para conseguirlo era imprescindible, como primera medida, forjar el nacimiento de una auténtica Conciencia Valenciana. Un reconocimiento, por parte de cada uno de los ciudadanos, de su existencia como parte del territorio español. Un territorio diferenciado que cuenta con una Historia propia, con unas tradiciones que nacen de su propio ser, y con una lengua valenciana que, conjuntamente con la castellana, conforman una identidad que debe ser defendida por cada uno de los miembros de su sociedad.

Y junto a la defensa de su identidad, la defensa de su autonomía en todos los aspectos del vivir diario. España debía caminar en la búsqueda de una descentralización progresiva del poder omnímodo que el gobierno central se había arrogado, en cuanto que España nunca había sido una Nación uniforme como se pretendía desde Madrid, sino una Nación conformada por comunidades históricas distintas, por reinos distintos, unidos por la voluntad de sus clases dirigentes.

Y era esta distinción, la que forjaban el territorio propio, la cultura propia, la lengua propia, la historia propia, lo que debía reconocerse a través de la autonomía que descentralizaba el poder, otorgando a cada comunidad aquello que no fuera de exclusiva competencia del Estado.

Una visión autonomista que Luis Lucia trasladaba también a la creación de nuevas formaciones políticas que, huyendo de los centralismos al uso, fuesen de carácter regional para unirse después en una estructura nacional que coordinase todos los esfuerzos necesarios para la conquista del poder. Proyecto de organización partidaria que pronto será llevado a la práctica.



1930-1939

El año 1930 hacía su presentación ante la opinión pública el nuevo partido que llevaría por nombre “Derecha Regional Valenciana”, DRV, y cuyos principios fundamentales serían tres: el cristianismo, la doctrina social de la Iglesia Católica, como su sostén ideológico, la preocupación por los problemas de la sociedad valenciana y, muy en especial, los que hacían referencia al campo y al liberalismo económico; y, por último, su declaración de neutralidad ante el modelo de estado para España que la realidad política determinase, sin decantarse, en consecuencia, por la Monarquía o por la República.

Un partido que nacía con una pujanza tal, convergían en él tanto los propietarios agrícolas como industriales, contando además con una base popular de formación católica, que era su pasaporte más seguro para las lides electorales. Unas lides electorales en las que, ya en las elecciones municipales del año 31, cuando las candidaturas republicanas se enfrentaban en todas las grandes ciudades con las candidaturas conservadoras, la Derecha Regional Valenciana demostró que era la primera fuerza entre los moderados de la ciudad de Valencia.

Triunfante la República, desterrada la Monarquía, Luis Lucia y su nuevo partido aceptaron la situación creada, recordando que el modelo de estado debía ser, para los católicos, una cuestión accidental. De lo que se trataba era de aceptar una propuesta liberal que permitía a los moderados, a los católicos, aspirar al poder.

Una tesis que le alejaba de los monárquicos tradicionales y de los partidos totalitarios, y que tuvo su primera definición en el año 1932. Año en el que el general Sanjurjo, alentado por la deriva anticlerical de la nueva coalición gobernante en España, republicanos y socialistas, encabezó un golpe de Estado que tuvo como escenario la ciudad de Sevilla y que fracasó con estrépito. Luis Lucia rechazó el golpe y se declaró en favor de la República.

1933 será un año clave en el currículum político de Luis Lucia y en el de su partido.

En el transcurrir del mismo se produjeron tres hechos fundamentales: la consolidación del partido como organización política mayoritaria en la comunidad valenciana; la creación de la CEDA, Confederación Española de Derechas Autónomas; y el triunfo electoral de la Democracia Cristiana, aliada con los republicanos radicales de Alejandro Lerroux en cuya formación se integraba el PURA, Partido de la Unión Republicana Autonomista, de filiación blasquista.

Por lo que a la consolidación del partido se refiere, anotar algunos números que certifican su posición como primera fuerza política valenciana: en la ciudad de Valencia la DRV tenía abiertos 22 centros sociales que acogían a la militancia de todos los barrios de la ciudad, al tiempo que su presencia en la provincia de Valencia



la atestiguaban 127 centros sociales, en la práctica en todos los pueblos de alguna importancia, que se multiplicaban con los 41 de la provincia de Castellón y con las organizaciones de mujeres cristianas que apoyaban al partido.

Una demostración de fuerza ciertamente espectacular en cuanto que se había conseguido en el plazo de poco más de dos años.

Una fuerza que tendrá su compensación a nivel de Estado con la creación de una formación política que, partiendo de los partidos agrarios diseminados por la península, derrotados, como los monárquicos en las elecciones del 31, se vertebrarán en torno a los principios defendidos por Lucia, la base cristiana que es común a todos ellos, la aceptación de la República como forma de estado, y la necesidad de conquistar el poder político para detener el avance de una sociedad laica y obrerista que pone en cuestión tanto la doctrina de la Iglesia cuanto los intereses de la burguesía.

Una formación que, por razones de preeminencia de las asociaciones agrarias e industriales, nombró presidente de la misma a José María Gil Robles, y vicepresidente a quien había sido el auténtico cerebro de la unidad de las derechas españolas, el valenciano Luis Lucia.

Una formación de ideología cristiana que alcanzará el cenit de su proyecto, la realización del sueño de la conquista del poder, cuando en las elecciones del 33, convocadas tras el verano en el que los acontecimientos de Casas Viejas, los Guardias de Asalto aniquilando a los anarquistas que se habían sublevado, obligaron al presidente Niceto Alcalá-Zamora a convocarlas.

La CEDA obtuvo los mejores resultados ante el descenso de los socialistas, y, lo que era más importante, un acuerdo con los republicanos liberales de Lerroux, la formación que aglutinaba a las clases medias y especialmente a los profesionales liberales, les permitía desalojar del poder a la coalición republicano-socialista y controlar el poder ejecutivo.

Cuando en los finales del año 34, tras la revolución de octubre, los católicos entraron en el gobierno, bienio 34-35, Luis Lucia, en el transcurso del año 35, fue ministro de Comunicaciones con Alejandro Lerroux y posteriormente ministro de Obras Públicas y Comunicaciones con el alicantino Chapaprieta en la jefatura del gobierno.

Las elecciones de febrero del año 1936, precedidas por la campaña en torno a la represión de los mineros de Asturias y la corrupción desatada entre los miembros del Partido Republicano Radical, ofrecerán un cambio radical a la situación política, determinado por el triunfo de las formaciones políticas de izquierda que se agrupan bajo la denominación común del Frente Popular.



En la derecha española, desencantada por la derrota, se va a producir una fractura que no podrá resolverse entre quienes parecen dispuestos a apoyar a los militares que están preparando un golpe contra el Frente Popular, y quienes lo rechazan manteniendo su apoyo a la República. Entre estos últimos los líderes más significativos serán el valenciano Luis Lucia y el andaluz Giménez Fernández, que apuestan con firmeza por mantener la legalidad republicana mientras no se produzca cualquier intento de revolución proletaria.

Es el momento, en el año 36, en el que se rumorea que, elegido presidente de la República Manuel Azaña, en sustitución de Niceto Alcalá-Zamora, se piensa en un gobierno republicano-socialista presidido por Indalecio Prieto. El líder socialdemócrata del PSOE que sueña con un gobierno de integración en el que pueda contar con Luis Lucia, enfrentado con Gil Robles, como representante de un centro-derecha moderado.

Un proyecto que hubiera salvado posiblemente a la II República, pero que fracasó por culpa de Largo Caballero, el líder de la UGT, que, soñando con un socialismo revolucionario en el poder, obligó al partido socialista a rechazar la coalición con los republicanos, aunque los apoyarían para que gobernasen en solitario, e impidiendo el gobierno de su enemigo de partido Indalecio Prieto.

El día 18 de julio del año 1936 será un día clave en la vida de Luis Lucia. Conocido el golpe de estado de los militares, sabido el apoyo que el mismo encontraba en buena parte de los militantes de la CEDA y muy especialmente entre los miembros de la Derecha Regional Valenciana, Luis Lucia envió un telegrama al gobierno de Madrid en el que afirmaba su apoyo a la legalidad republicana y su rechazo a cualquier tipo de violencia y de rebeldía. Telegrama que marcará el sentido de sus próximos años.

La Guerra Civil obligó a Luis Lucia a esconderse ante el peligro cierto de ser detenido por los comités revolucionarios de anarquistas o comunistas, decididos a acabar con todos los representantes de la derecha. Un escondite que inicialmente encontró en Benassal, famoso centro balneario de Castellón, del que tuvo que huir al ser delatado. Finalmente sería, en el año 37, capturado y trasladado a Valencia y posteriormente a Barcelona, cuando el gobierno republicano se trasladó a la urbe catalana.

Se iniciaba un juicio a Luis Lucia por parte de las autoridades republicanas ciertamente singular. Pedido el suplicatorio a las Cortes de las que Lucia era miembro, la Permanente, a la vista del telegrama que Luis Lucia remitió al gobierno al conocerse el golpe militar, decidió que no cabía iniciar juicio contra quien se había declarado afecto al gobierno legítimo, por lo que se opinaba que el mismo debía ser puesto en libertad.



Fue el momento en el que intervino Juan Negrín, el presidente del gobierno, ante los diputados. Les recordó que Luis Lucia, por su filiación católica y líder de una formación de derechas, era reclamado para que se hiciese justicia con él tanto por los comunistas cuanto por los anarquistas, miembros de la coalición de gobierno que le sustentaba. Ambos partidos radicales amenazaban con abandonarlo si se ponía en libertad a uno de los líderes más destacados de la CEDA.

Los diputados cedieron y un tribunal popular condenó a Luis Lucia a 30 años de prisión. Una sentencia que Indalecio Prieto criticó señalando que con Luis Lucia se había cometido una de las mayores injusticias de la República.

Pero las fuerzas nacionales, regulares y legionarios de Yagüe, entraron en Barcelona el 25 de enero del año 1939. El gobierno republicano huyó hacia la frontera, abandonando a los prisioneros y entre ellos a Luis Lucia, que fue puesto en libertad de modo inmediato.

La suerte le fue esquivada en estos momentos. El rápido abandono de los centros judiciales y la posterior ocupación por parte de las tropas del ejército de Franco, permitió que, entre los muchos papeles encontrados en los edificios abandonados, se encontrase el expediente del juicio de Luis Lucia. Y en el expediente los argumentos de su defensor pidiendo su exculpación. Argumentos que se centraban en el telegrama en el que el político valenciano anunciaba su apoyo a la República.

Fue suficiente para las nuevas autoridades. Lucia fue de nuevo encarcelado, juzgado sumariamente, sin aportar testigos, como colaborador del gobierno frentepopulista y condenado a muerte.

El entonces arzobispo de Valencia, Prudencio Melo, evitó la ejecución de la sentencia. Fue él, hombre no sospechoso para el nuevo régimen, el que pidió directamente al jefe del Estado, Francisco Franco, que le perdonase la vida. Una petición que fue aceptada conmutando la pena de muerte por la de treinta años de reclusión.

A partir de este momento todas las jerarquías de la Iglesia y los grandes líderes católicos miembros del nuevo gobierno, Esteban Bilbao, Serrano Suñer, Ibáñez Martín, Sainz Rodríguez..., solicitaron del jefe del estado la remisión de la pena dados los antecedentes católicos de Luis Lucia. Una petición que también fue aceptada, concediéndole al político valenciano la remisión de la pena a cambio del destierro que debería pasar en Palma de Mallorca.

Se abrió una nueva etapa de ilusión para quien olvidaba la política para dedicarse a ejercer la abogacía. Fue un tiempo efímero. Una enfermedad incurable permitió a Luis Lucia volver a Valencia donde moriría el año 1943.



Valencia le debe un homenaje al hombre excepcional que ha vivido en el olvido.

